



**Mensaje de Navidad de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana, a todos los fieles de la Arquidiócesis de La Habana.**

Queridos hermanos y hermanas:

Es evidente que en la Navidad hay poesía, porque hay luz, hay color, el ambiente respira amistad y afecto: nos felicitamos unos a otros y una música viva o melodiosa, pero nunca ruidosa, alegra el corazón y lo serena. Sí, hay poesía en la Navidad, pero la Navidad no es sólo poesía.

La causa de ese clima Navideño que reúne a la familia alrededor de una mesa, con nostalgia por los ausentes y sentimientos afectuosos hacia los presentes, es el nacimiento de un niño. Un nacimiento anunciado, como todo nacimiento pero, en este caso, por una voz celestial: será un Rey, y su reino durará por siempre. Esto oye la Virgen María que le dice un ángel: es el Hijo de Dios, el Salvador, prometido y esperado por el pueblo de la Antigua Alianza. En efecto, el anuncio se refiere a una persona extraordinaria.

Pero he aquí que este niño singular nace como un desplazado, como un marginado, en un establo precario, y tiene como abrigo únicamente los pañales que su madre María llevaba consigo cuando por decreto del emperador Augusto de Roma, ella y su esposo José tuvieron que hacer un largo viaje para ir a inscribirse en el pueblo natal de él, llamado Belén, donde no encontraron un sitio para pasar la noche.

Todos los penosos contrastes de la vida del ser humano de todos los tiempos afloran en los datos históricos de la primera Navidad: manejo de la vida del hombre y la mujer que deben aceptar, en un país ocupado, las ordenanzas de un emperador distante. Los desplazamientos incómodos de los migrantes, la falta de acogida y de techo, la soledad, el frío, en una palabra, la pobreza. No, la Navidad no es sólo poesía, es también compromiso, compromiso de Dios con la historia.

Porque el Dios en quien creemos no es un ente distante que ejercería su poder desde arriba, premiando o castigando caprichosamente al hombre. ¡Cuánto daño han hecho estas ideas de Dios a tantos que sienten miedo de Dios o lo invocan sólo en momentos difíciles, o lo rechazan, o no creen en Él. Ese no es el Dios que se nos revela en la Sagrada Escritura, en la Biblia. Porque allí aprendemos que “Dios es amor” y “que tanto amó Dios al mundo que nos envió a su Hijo”.

La Navidad es el cumplimiento de este designio amoroso de Dios que nos ama y viene a nosotros, y entra en nuestra historia llena de vaivenes y sobresaltos, en la historia del hombre triste y solitario de hoy, del desplazado de Irak, de los miserables de África, olvidados por los grandes del mundo, de los norteamericanos vapuleados por la crisis económica, de los cubanos azotados por tres huracanes y tratando de abrimos paso en medio de las dificultades. Dios entra en la historia de la humanidad actual y de siempre, pero por la puerta trasera, aquella adonde acuden los pordioseros por un plato de comida que sobró de la mesa de los señores.

Jesús, el Hijo de Dios, nació casi al descampado en las proximidades del pueblecito de Belén, en la Palestina olvidada y ocupada por el Imperio Romano. El amor se demuestra con hechos y el acto más puro del amor es identificarse con quien se ama. Jesús se hizo parte de la humanidad sufriente, dolida, quebrantada por la falta de justicia y de misericordia. El venía al mundo con una misión: sembrar en la tierra un reino de amor fundado en la justicia. Estas son las condiciones para la paz: porque una justicia sin amor no colma las ansias del corazón humano y un amor sin justicia no pasaría de ser un sentimiento noble, pero superficial y en último término falso. Justicia con amor, ésta es la pretensión de Jesús, ésta es la pretensión no lograda aún de

nuestro Dios que es como la respiración de su Iglesia, la que suplicamos cada día en el Padrenuestro al pedir que “venga a nosotros tu Reino”, el Reino del amor y la justicia que trae Jesús.

“¿Conque tú eres rey?” Diría Pilato 33 años más tarde, cuando tuvo ante sí a Jesús maniatado y golpeado: “Tú lo has dicho, yo soy rey”, respondió Jesús. Sí, ése es nuestro rey, y una vez que hemos contemplado el rostro de Jesús-niño que irradia ternura en el portal de Belén o, pasados los años, su faz ensangrentada, surcada por las lágrimas, en su acto de amor supremo al morir en la Cruz, no podemos ya buscar a Dios en el vacío, Dios está en Jesucristo salvándonos, invitándonos a amar como Él. Él es el único Dios verdadero, el Señor de cielo y tierra, que es a la vez Dios-con-nosotros, hecho parte de nuestra humanidad para librarnos de la nada, de la vida sin sentido, del desamor que separa o divide y mostrarnos el camino verdadero para una vida plena.

Se abre así en nuestro corazón la puerta de la esperanza. La esperanza no es la espera de mejoramientos personales o sociales que se limitan casi siempre al orden material. “Yo espero que las cosas vayan mejor el año próximo”, decimos al final del año. Esto es esperar, como se espera un ómnibus o un tren, con impaciencia, o con molestia a veces, ante el retraso.

Tener esperanza en Dios es otra cosa, es saber que Dios nos ama, que por amor se hizo niño en Belén y murió en la Cruz, que el amor de Dios vence la misma muerte, que Jesús, vivo y resucitado sigue presente en nuestra historia humana y seguirá actuando con amor para nuestro bien. Nace de este modo una certeza honda, sentida como verdad irrefutable en nuestros corazones: no estamos perdidos, estamos en camino de salvación. Entonces comienza a ser Navidad en cada uno de nosotros.

Y así la Navidad tampoco es sólo poesía para el cristiano, es también compromiso de vivir en la esperanza, de actuar impulsados por esta esperanza en bien de nuestro prójimo. Así hemos querido hacerlo a favor de nuestros hermanos azotados por los huracanes y lo debemos hacer siempre. Esta es la tarea del cristiano, que la Iglesia no puede dejar de realizar: enseñar al que no sabe, saciar al hambriento, vestir al desnudo, consolar al triste, sembrar valores en el ser humano, que fortalezcan la familia, que favorezcan el desarrollo integral de una juventud siempre más sana, que invite a nuestros hermanos en Cuba a optar por la vida, desde el seno materno hasta el último suspiro, acogiendo con gozo a los hijos, cuidando con amor a los ancianos.

Les propongo, queridos hermanos y hermanas, este programa de vida, para que Jesús nazca en los corazones de cada uno de ustedes. Entonces la Navidad será una fiesta de hoy y no un recuerdo de ayer y podremos así el próximo día de Nochebuena, el 24 de diciembre, con el espíritu renovado, comer en familia, y participar después en la Misa del gallo que se celebra a medianoche en nuestras Iglesias y desearnos unos a otros, como yo les deseo ahora:

Una Feliz Navidad y que Dios los bendiga.

Cardenal Jaime Ortega Alamino  
Arzobispo de La Habana

19 de diciembre de 2008.